

PALABRAS PARA EL CAMINO

TEODORO BAZTÁN, OAR

PALABRAS PARA EL CAMINO

Meditar el Evangelio de la mano de Agustín


Ciudad Nueva

AVGVSTINVS

Imagen de cubierta:
Cristo con los discípulos de Emaús, de M. I. Rupnik
Capilla del Seminario - Reggio Emilia (Italia)
(imagen cedida por el Centro Aletti)

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

© Teodoro Baztán Basterra

© 2009, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-156-6

Depósito Legal: M-

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

*Presentación**

Quien peregrina y camina por la fe, aún no se halla en la patria, pero ya está en el camino; sin embargo, el que no cree, no está en la patria ni en el camino (En. in ps. 123, 2).

Para san Agustín la vida de fe viene a ser un camino que hay que recorrer hasta llegar al encuentro con la Verdad. Lo sabe por experiencia propia. No le quedó fácil, antes, al contrario. Como no le queda fácil encontrar un camino de salida a quien, perdido en la espesura de un bosque, busca ansiosamente un sendero que lo pueda llevar a campo abierto.

En el caso de Agustín, una vez encontrado el camino, lo recorrió día a día, sin descanso y con fatiga, hasta el encuentro feliz con la Verdad.

Por eso nos viene muy bien «caminar de la mano de Agustín». Sus palabras, su experiencia de fe, su humildad, su capacidad de amar y la fuerza de su esperanza son un ejemplo y un estímulo para todos los creyentes.

Y así se presenta él: *Pienso, hermanos amadísimos, que vosotros vais en el camino conmigo. Si voy lento, adelantadme; no sentiré envidia de vosotros; busco a quienes*

* Todas las citas que no lleven la referencia expresa de su autor son de san Agustín.

seguir. Si, por el contrario, pensáis que voy yo más rápido, corred conmigo (S. 306 B, 2).

Este camino comienza en el momento de recibir el bautismo y termina al llegar a la meta final, que es Dios mismo. Es como el río que nace en la fuente, que le da vida, y llega al mar, profundo y ancho, donde se funde en el encuentro con las aguas inmensas que lo reciben.

¿Será incorrecto y atrevido llamar a Dios mar inmenso, profundo y ancho, donde nos fundimos todos en un encuentro feliz con Él?

Y se avanza por este camino cuando se ama, cree y espera. Sin la fuerza del amor, el desánimo y el cansancio podrían con nosotros. ¿Qué haría una madre con varios hijos que cuidar, alimentar y formar, si no amara? ¿Qué haría el campesino si no pusiera esperanza en la tierra que cultiva y no creyera que llegará un día la cosecha?

Se camina porque se ama. Lo dice así Agustín: *Quienes aman, caminan, pues hacia Dios no se corre con pasos, sino con el afecto (S. 346 B, 1).*

Es un camino seguro, como cierta es la meta a la que esperamos llegar. Y es luminoso en muchas de sus etapas, placentero cuando se ama de verdad, estimulante cuando se espera con firmeza y convicción, y, sobre todo, es gracia porque Cristo se hace camino y compañero de viaje. *Él es la patria a la que nos dirigimos, él es camino por el que vamos. Vayamos por él a él y no nos perderemos (S. 92, 3).*

Pero, a pesar de todo, es largo y difícil, no tanto por el tiempo cuanto por la intensidad con que se recorre, por los muchos momentos de oscuridad que lo envuelven (en ocasiones son apagones), por la fatiga que nos invade a veces o, a menudo, porque no faltan quienes nos invitan al abandono o se ríen de nosotros o halagan nuestros oídos

con otros caminos más placenteros, aunque no conduzcan a ninguna parte.

Necesitamos, entonces, la ayuda de lo alto. Necesitamos mirar hacia delante y hacia arriba, es decir, a quien nos atrae hacia Él mismo y nos empuja con su gracia y su amor.

Es necesario también mirar para dentro de nosotros mismos y encontrar allí a quien nos habita, contemplar con los ojos del corazón muy abiertos al que es el Amor generoso y total, la Verdad sin engaño, la Belleza sin sombras, Dios mismo; y escucharlo, acoger su palabra y entrar en diálogo con Él.

Meditar orando. O lo que es lo mismo, orar meditando. *En la meditación* –dice Agustín– *se enciende el fuego, es decir, la inquietud prende fuego a los deseos del corazón* (*En. in ps. 38, 5*). Y el deseo es ya oración e impulso para caminar.

En la oración de meditación entramos en relación íntima y fuerte con el Señor. Como María de Betania en la escucha de la Palabra, elegimos la parte mejor, la única necesaria. Y nadie sale con las manos vacías de este encuentro con Él. Se llena uno de su Espíritu, que es vida, fuerza, amor y gracia.

Con este bagaje, que no pesa pero que llena, el camino de la fe deja de ser una trocha por la selva y se ensancha y allana para ver la luz y caminar mejor.

Para estos ratos de meditación personal –ojalá fueran unos quince minutos al día, ¡qué menos!– se me ha ocurrido ofrecer una serie de reflexiones sencillas sobre algunas palabras del Señor, recogidas a lo largo de los cuatro Evangelios, para meditar y orar con ellas, para guardarlas e interiorizarlas. A ejemplo de María, que *conservaba y meditaba todo esto en su interior*.

El rato de meditación diaria –oración de contemplación, súplica prolongada, agradecimiento al Dador de todo bien, alabanza sentida...– nos dará el impulso que necesitamos o la fuerza vital para ir recorriendo con fidelidad, como Abrahán, el camino que el Señor nos ha indicado para llegar a Él.

Alaba y bendice al Señor todos los días para que cuando venga «el día sin término» puedas pasar de una alabanza a otra sin esfuerzo (En. in ps. 144, 2, 3).

* * *

Antes de iniciar la oración de meditación será muy útil, y también necesario, pedir la iluminación del Espíritu, porque nadie sabe orar como conviene si no recibe la fuerza de lo alto. Lo dice así san Pablo: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8, 26).

Al final, será también útil y necesario agradecer el regalo de la Palabra y comprometernos a algo muy concreto y posible, que, con la ayuda del Señor, nos impulse a seguir *caminando en la fe*.

* * *

Algunas observaciones

La simple lectura de las reflexiones que aparecen en cada capítulo no puede ni debe suplir la oración del creyente. Estas reflexiones intentan ser sólo introducción a cada uno de los temas, apoyo y explicación de algunos

puntos. Y me temo que en más de una ocasión estas palabras puedan ser un impedimento u obstáculo para hacer debidamente la oración personal. Ojalá que no. San Agustín tendrá también en ellas «su palabra», avalada por su vida y su doctrina.

Una vez leídas las palabras de Señor, es bueno hacer un momento de silencio para acogerlas y guardarlas, como María, en el interior del orante.

Puede leerse después la reflexión correspondiente; a continuación cerrar el libro y entregarse a la oración de meditación, dando tiempo a que la Palabra penetre, «se haga vida en nuestra propia vida» y fortalezca el espíritu o la vida de fe.

Y, al final, asumir un compromiso sencillo en relación con la Palabra meditada, dar gracias al Señor y sentirse, como fruto del Espíritu, llenos de paz y de fuerza interior.

Y, como punto final, otras palabras de Agustín: *Nuestra meditación es una especie de entrenamiento en la alabanza del Señor. Si la felicidad de la vida futura consiste en alabar a Dios, ¿cómo podremos participar de esta alabanza si no nos hemos entrenado para ello?* (En. in ps. 148, 1).

